

TERESA VINYOLES VIDAL, *USOS AMOROSOS DE LAS MUJERES EN LA ÉPOCA MEDIEVAL*, MADRID, ED. CATARATA, 2020, 240 PÁGS. ISBN: 978-84-1352-078-0

SERGIO MONTALVO MARECA

*Universidad Complutense de Madrid-Instituto Universitario "Seminario Menéndez Pidal"*

En la actualidad, una de las líneas más fecundas de la investigación en humanidades es aquella que presta atención a la situación femenina a lo largo de nuestra historia. Los esfuerzos de tantas y tantos investigadores son ya evidentes; gracias a ellos se han logrado importantes avances que han permitido no solo ampliar los conocimientos sobre el verdadero papel de las mujeres a lo largo de la historia del ser humano, sino también otorgarle a la mitad de la población una importancia que durante siglos le fue negada. No obstante, estos ejercicios de rescate han tendido, en su mayoría, a recuperar figuras de mujeres insignes, que si bien continúan arrojando luz a este umbroso panorama, no permiten apreciar la cotidianeidad de las señoras.

En su trabajo, *Usos amorosos de las mujeres en la época medieval*, la historiadora Teresa Vinyoles Vidal persigue este nuevo objetivo, elaborar una aproximación hacia lo que las damas medievales vivieron, sin necesidad de que estas fueran reinas, amazónicas guerreras o pensadoras ilustres: "Mi objetivo con este libro es acercarme a la historia de los sentimientos, de las emociones y vivencias" (pág. 11). Como tal tarea resultaría insondable en caso de no establecer unos límites lógicos, la investigadora pone el acento en esta categoría de la cuestión, "la historia de las risas y de las lágrimas, de las alegrías y las tristezas, de los amores y desamores no está escrita" (pág. 18). Asimismo, Vinyoles Vidal no ignora la dificultad de su empresa; por un lado, no disponemos de la documentación necesaria para dilucidar determinados asuntos, por otro, la gran parte de los testimonios conservados están escritos por varones. A su vez, tales hombres suelen encontrarse vinculados al estamento eclesiástico, por lo que el sesgo contra la mujer es doble:

Debemos hacer una relectura no androcéntrica de las fuentes historiográficas clásicas y también buscar nuevas fuentes que nos permitan encontrar a las mujeres: ir a los documentos primarios, recurrir a la literatura, a la iconografía. [...] Soy consciente de la dificultad del reto: [...] además, cuando nos llegan las voces femeninas, muchas veces han pasado por el tamiz de la sociedad patriarcal (págs. 13-14).

A pesar de las complicaciones mencionadas y de la extensión del campo de estudio, los objetivos propuestos se abordan de un modo eficaz y riguroso. La lectura de los *Usos amorosos de las mujeres en la época medieval* resulta grata, en parte, por la disposición escogida. El trabajo está dividido en diez bloques temáticos o capítulos y se redondea con otros paratextos, como la nota a la edición, el prólogo de la autora —donde expone sus metas, presenta el estado de la cuestión y explica la metodología seguida—, otro apartado dedicado a las fuentes, la bibliografía y un índice onomástico. La bibliografía recoge tanto trabajos ya clásicos de obligatoria presencia en un análisis de esta categoría, como aportes más recientes que prueban el continuo desarrollo del tema.

En este sentido, un buen número de las referencias aportadas atienden a obras y estudios literarios, pues la literatura se yergue como un recurso fundamental para conocer este escenario. Por otro lado, la aportación de las fuentes supone un gesto cortés por parte de la autora, que pone a disposición el conjunto de archivos, fuentes y otros recursos empleados para esta investigación. Esto ratifica la postura defendida al inicio sobre la necesidad de crear un escenario de trabajo común, aprovechable para toda la comunidad científica y que permita continuar sumando aportaciones cada vez más precisas.

El primer capítulo está dedicado al “Sentir de las mujeres” (pág. 25). Bajo este título se abordan las emociones femeniles de índole amorosa. Para ello, las cantigas de amigo resultan el testimonio más adecuado, pues permiten ejemplificar la esperanza y el deseo por el amado, pero también la soledad, la espera o el abandono. Esta idea de la mujer como un ser activo sentimentalmente —pintura en parte contraria a la versión tradicional que presenta a las damas como el mero objeto de amor— queda reforzada con el análisis de diferentes epístolas escritas por doña Serenata de Tous, nutrido carácter de emociones, fortunas y adversidades.

Bajo el nombre de “El cuerpo, los cuerpos” (pág. 39), el segundo apartado se centra en las cuestiones relacionadas con la biología femenina, en especial en la debilidad física y anímica, constatada por diferentes autoridades como Aristóteles, Isidoro de Sevilla o varios padres de la Iglesia. La historiadora enlaza el tema general con dos casos particulares: la importancia de la virginidad y la sabiduría médica en torno a la mujer. El segundo aspecto resulta especialmente relevante, pues abunda en el deber de atender los asuntos de obstetricia, cuidar a los enfermos y amortajar a los que ya murieron que asumieron las mujeres durante la Edad Media. A pesar de una demostrada experiencia y de las noticias de reconocidas médicas —como la señalada Trota de Salerno—, “los conocimientos de las mujeres eran motivo de recelo y de miedo, la misoginia se cernía muy especialmente contra las mujeres sabias que ejercían la medicina y la obstetricia, y contra las mujeres que se consideraba que tenían poderes o realizaban prácticas mágicas” (pág. 49).

El siguiente bloque atiende a la belleza. Allí, Vinyoles Vidal se detiene en los de los que disponían las damas para realzar sus atributos y corregir sus imperfecciones. Estas prácticas no tenían su fundamento en la vanagloria —como defendían los clérigos—, sino que respondían a la necesidad de adaptarse a un ideal de belleza fijado por los

varones y que evolucionó a lo largo de los siglos. Como curiosidad final, la autora trata de recrear un ideal de belleza masculino basado en las descripciones firmadas por mujeres. El resultado resulta contrario al ideal de varón que representa la literatura:

En la cultura dominante, un hombre bello y dulce parecería poco varonil. Pero las mujeres loan la belleza de los hombres, y también de otras mujeres, y ven en la ternura la cualidad más deseable para el hombre ideal, tanto para el amante como para el marido” (pág. 67).

El capítulo cuarto se centra en la sexualidad, si bien la autora advierte que no existen barreras demasiado nítidas entre los aspectos tratados: sentimientos, corporalidad, sexualidad o amor. Aquí la cuestión gira en torno a la tarea de refutar la imagen tradicional que representa a las damas como seres poco sexuales, anticipada anteriormente. Los documentos aportados permiten demostrar que las mujeres disfrutaban del placer del sexo y que no solo lo mantenían para la continuación de la especie: “Las mujeres conocían prácticas anticonceptivas, pociones abortivas, brebajes esterilizantes, productos afrodisiacos, modos de simular la virginidad” (págs. 71-72). Para concluirlo, se destaca la figura de Hildegarda de Bingen, virgen germana que se afanó en la reivindicación del placer femenino y, en especial, en el estudio y la descripción del orgasmo mujeril. Para el capítulo dedicado al amor, Vinyoles Vidal retoma las fuentes del capítulo primero, es decir, las cantigas de amigo y otras formas de lírica oral de esta época. En este caso, lo hace para perfilar el sentimiento amoroso, que rápido queda vinculado al modelo cortés. Para la autora, el *fin’ amor* supone el cambio más importante en la forma de entender la sentimentalidad durante la Edad Media y, a su vez, la piedra angular sobre la que se alza la idea moderna del amor. Siguen otras disertaciones acerca del mencionado sentimiento, como el caso de la filósofa francesa Eloísa (1092-1164), los consejos de Juan Ruiz en el *Libro de Buen amor* e, incluso, un sucinto y sugestivo apartado dedicado a las relaciones lésbicas (págs. 116-121).

Los capítulos quinto y sexto están hermanados tal y como muestran sus títulos, que se encuentran fragmentados: “Casarse...” (págs. 122-141) y “...Para siempre, para bien y para mal” (págs. 142-168). En ellos se desarrollan aspectos relativos al sacramento del matrimonio. Estos van desde la figura de las novias y el transcurso de las bodas —con ejemplo extenso de los cantares segundo y tercero del *Mío Cid*—, hasta los enlaces impuestos. Tampoco quedan fuera de esta sección las actitudes que los maridos deben mostrar en sus casas para contener la naturaleza torcida de sus esposas ni la desgraciada vida que muchas señoras pasaron tras unirse a hombres crueles, bebedores o, mujeriegos sin solución sencilla. El contrapunto a esta funesta parte aparece de la mano de la autora de *La ciudad de las damas* y de Violante de Bar (1365-1431), claras señoras que imaginaron un mundo mejor para su sexo y, a la vez, dejaron útiles consejos para que las de su sexo soportasen más gratamente las imposiciones del sistema.

En octavo lugar, la historiadora atiende a la complejidad de la maternidad centrándose en algunos de los casos más complejos, por ejemplo, las disfunciones biológicas, las situaciones de extrema pobreza o los hijos fruto de violaciones. Con todo, se trata de un apartado breve que brilla por la recuperación de la figura de Dhuoda, dama carolingia y autora del *Manual para mi hijo* (843), texto singular en el que una madre prepara a su descendiente para la vida adulta (págs. 175-180).

El noveno epígrafe se ocupa de otro tipo de amor posible, el divino. Aquí, la mirada penetra los muros de los conventos para ilustrar la vida de las religiosas. Para muchas, la vida monjil se alzaba como la única alternativa a las imposiciones sociales, a las bodas preparadas y a convertirse, en muchos casos, en sujetos al servicio de la reproducción. Contrariamente a la lógica, estas mujeres lograban *intramuros* mayores libertades y podían desarrollarse intelectualmente a través de la lectura, la escritura o la meditación. Asimismo, Vinyoles Vidal rescata las relaciones de sororidad que se establecían entre las religiosas, quienes encontraban en sus compañeras apoyos sinceros. Con asiduidad esta amistad femenil quedaba representada mediante la escena de la Visitación: “El abrazo de dos mujeres [María e Isabel], fuerte y tierno a la vez, representa lo que llamamos la sororidad, que es la amistad, la complicidad, la ayuda mutua, la alegría o la tristeza compartidas” (pág. 199).

En último lugar, el capítulo décimo aborda la cuestión de la libertad femenina, triplemente limitada “por las leyes, las costumbres, la moral” (pág. 210). El mal llamado *bello sexo* permaneció preso del patriarcado durante la época medieval. Para ello, el sistema había elaborado un atento plan de formación para las niñas, a las que se les negaba la educación intelectual y, en su lugar, se prescribía una instrucción que sembrase en ellas la distinción de las tareas y comportamientos asignados a cada sexo. Esta planta, símbolo de la ausencia de libertad, seguía creciendo conforme las muchachas maduraban gracias a las imposiciones sociales, religiosas y morales, que, con mirada atenta, vigilaban que no se desviasen del camino determinado.

En conclusión, *Usos amorosos de las mujeres en la época medieval* supone un aporte fundamental para visibilizar otra parte de la historia femenina que, hasta el momento, había quedado entre las sombras del tiempo. Así, el trabajo de Vinyoles Vidal permite trascender las ya conocidas nóminas de ilustres señoras y apreciar los sentimientos, deseos y frustraciones de los millones de damas que poblaron Europa durante la Edad Media.